



**Azúcar  
quemado**  
Avni Doshi

Finalista

**The 2020 Booker Prize**

---

La madre de Antara siempre fue una mujer indomable, que despreció las convenciones de su familia, su marido y su época. Pero ahora está perdiendo la memoria y Antara quiere que recuerde. Que recuerde las veces que le hizo daño, los lugares a los que la arrastró de niña por huir de un matrimonio aburrido, el culto religioso en el que vivieron, los meses en la calle después de que le rompieran el corazón. Antara piensa en todo eso mientras acompaña a su madre y se pregunta cómo cuidar de alguien que no la cuidó jamás. Azúcar quemado habla de hijas que no quieren a sus madres y madres que no quisieron a sus hijas y explora el doble filo del lazo que une a ambas. Traducida a 22 idiomas, esta es la afilada historia de dos mujeres que han pasado una vida embistiéndose desde la incompreensión.

Para Nishi, Naren y Pushpa la Valiente

*Ma, ami tumar kachchey aamar poriso  
diti diti biakul oya dzai.*

Madre, estoy tan cansada, tan cansada  
de presentarme a ti.

REHNA SULTANA, *Mother*

Mentiría si dijera que nunca he sentido placer cuando a mi madre le ocurre una desgracia.

Sufrí por su culpa siendo una niña, y todos los males que la asolaron después me parecieron una especie de redención, un reequilibrio del universo destinado a restaurar el orden racional de causa y efecto.

Pero ahora no puedo igualar el marcador entre nosotras.

La razón es simple: mi madre está perdiendo la memoria y no hay nada que yo pueda hacer para remediarlo. No hay forma de que se acuerde de todo lo que hizo en el pasado, no hay forma de ahogarla en la culpa. Antes, sacaba a colación ejemplos de su crueldad, como si nada, mientras tomábamos el té y veía contraerse su rostro. Ahora, casi no es capaz de recordar las cosas de las que le hablo; tiene la mirada perdida, perpetuamente alegre. Cualquiera que esté presente me aprieta la mano y susurra: «Déjalo ya. No se acuerda, pobrecilla».

La compasión que despierta en los demás me produce acidez.

Tuve mis primeras sospechas hace un año, cuando empezó a vagar por la casa de noche. Su criada, Kashta, me llamaba, asustada.

—Su madre está buscando fundas de plástico —dijo Kashta en una ocasión—. Por si moja usted la cama.

Alejé el teléfono de la oreja y busqué mis gafas en la mesita de noche. A mi lado, mi marido seguía dormido y sus taponos para los oídos relucían como neones en la oscuridad.

–Debe de estar soñando –repuse.

Kashta no parecía convencida.

–No sabía que mojaba usted la cama.

Colgué el teléfono y ya no pude conciliar el sueño. Incluso en su locura, mi madre había logrado humillarme.

Un día, la chica que se encarga de barrer tocó el timbre de su casa y mamá no la reconoció. Hubo otros incidentes: cuando se le olvidó cómo se pagaba la factura de la electricidad y cuando dejó el coche en una plaza que no era la suya en el aparcamiento que hay debajo de su casa. Eso fue hace seis meses.

A veces tengo la sensación de ver el final, cuando no sea más que un vegetal pudriéndose. Se le olvidará cómo hablar, cómo controlar la vejiga y, con el tiempo, se le olvidará cómo respirar. Puede que la degeneración humana se pare y renquee, pero no da marcha atrás.

Dilip, mi marido, comenta que es posible que necesite ejercitar la memoria de vez en cuando. Así que escribo historias del pasado de mi madre en pedacitos de papel y los escondo en rincones por todo su piso. De tanto en tanto los encuentra y me llama, riendo.

–Me parece increíble que una hija mía pueda tener tan mala letra.

El día en que se le olvidó el nombre de la calle en la que ha vivido durante dos décadas, mamá me llamó para decirme que había comprado un paquete de cuchillas de afeitar y que no dudaría en usarlas si las cosas empeoraban. Luego, se puso a llorar. A través del teléfono oía los lamentos de los cláxones, los gritos de la gente. Los sonidos de las calles de Pune. Mamá empezó a toser y perdió el hilo de lo que estaba diciendo. Prácticamente podía oler los gases del autorickshaw en el que viajaba, el humo negro que despedía, como si fuera sentada a su lado. Por un momento, me sentí mal. No se me ocurre un sufrimiento peor: la conciencia del propio derrumbe, la mortifica-

ción de ver cómo se desvanecen las cosas. Por otro lado, sabía que aquello era mentira. A mi madre no le gusta derrochar. ¿Un paquete entero de cuchillas de afeitarse, cuando con una era más que suficiente? Mamá siempre tuvo afición a mostrar sus emociones en público. Decidí que lo mejor era no pecar de extremista ni por un lado ni por el otro: le dije a mi madre que no se pusiera dramática, pero tomé nota del incidente para buscar las cuchillas y deshacerme de ellas más tarde.

He anotado muchas cosas referentes a mi madre: la hora en la que se duerme por la noche, cuando las gafas de leer se le resbalan por el tobogán grasiento de la nariz, o el número de hojaldres de Marzorin que se come para desayunar. Llevo tiempo fijándome en esos detalles. Sé cuándo se han eludido responsabilidades y cuándo se ha sacado brillo a la superficie de la historia.

A veces, cuando voy a verla, me pide que llame a amigas que llevan muertas mucho tiempo.

Mi madre era una mujer capaz de recordar recetas que solo había leído una vez. Una mujer capaz de memorizar variaciones de té que había visto hacer en otras casas. Cuando cocinaba, trajinaba con botellas y masalas sin siquiera leer las etiquetas.

Mamá se acordaba de la técnica que empleaban los vecinos memones para matar cabras durante el Bakra Eid en la terraza que había encima del antiguo apartamento de sus padres, para espanto del casero jainista, y de que el sastre musulmán de pelo tieso una vez le dio una palanquilla oxidada para recoger la sangre. Me describió el sabor metálico y cómo se había chupado los dedos rojos.

—Era la primera vez que probaba algo que no fuera vegetariano —me dijo.

Estábamos sentadas junto al agua en Alandi. Los peregrinos se lavaban y los dolientes sumergían las cenizas. El río turbio, del color de la gangrena, fluía imperceptiblemente. Mamá había querido alejarse de la casa, de mi

abuela, de la conversación sobre mi padre. Aquello ocurrió en un ínterin, después de que nos fuéramos del ashram y antes de que me mandaran al internado. Por un tiempo, entre mi madre y yo hubo una tregua durante la cual aún era posible creer que lo peor había quedado atrás. Ella no me dijo adónde íbamos en la oscuridad de la noche, y yo no alcancé a leer el letrero pegado en la parte delantera del autobús al que nos subimos. Mi estómago se quejó, aterrado por que volviéramos a desaparecer por otro capricho de mi madre, pero nos quedamos cerca del río donde el autobús nos había dejado y, cuando salió el sol, la luz dibujó un arcoíris en las piscinas de gasolina que se habían formado en la superficie del agua. En cuanto arreció el calor, volvimos a casa. Los abusos estaban frenéticos, pero mamá les dijo que no habíamos salido del recinto en el que vivíamos. La creyeron porque querían creerla, aunque su historia era poco probable, ya que el recinto donde se encontraba su edificio no era lo suficientemente grande como para perderse. Mamá sonreía mientras hablaba: no le costaba mentir.

Me impresionó que fuera tan buena mintiendo. Durante un tiempo, quise emular este rasgo de su personalidad; parecía la única cualidad útil que tenía. Mis abuelos interrogaron al vigilante, pero este no pudo corroborar nada: a menudo dormía cuando debía estar trabajando. Así que nos quedamos en un *impasse*, como tantas veces pasaría después, todos reafirmandonos en nuestras falsedades, convencidos de que nuestro interés prevalecería. Cuando volvieron a interrogarme más tarde, repetí la historia de mi madre. Aún no había aprendido a disentir. Todavía era dócil como un perro.

A veces hablo de mamá en pasado, aunque todavía está viva. Eso le haría daño, si pudiera recordarlo durante el tiempo suficiente. Dilip es su persona favorita en este momento. Es un yerno ideal. Cuando se ven, no hay expecta-



tivas que enturbien el ambiente a su alrededor. Él no la recuerda tal y como era: la acepta tal y como es y no le importa volver a presentarse si a ella se le olvida cómo se llama.

Ojalá yo fuera así, pero la madre que recuerdo aparece y desaparece ante mis ojos, es una muñeca que funciona con pilas a la que le falla el mecanismo. La muñeca se convierte en un objeto inanimado. El hechizo se rompe. La niña no sabe qué es real o con qué puede contar. Tal vez no lo ha sabido nunca. La niña llora.

Ojalá la India permitiera el suicidio asistido como en los Países Bajos. No solo por la dignidad del paciente, sino por la de todos los involucrados.

Debería estar triste en lugar de enfadada.

A veces lloro cuando no hay nadie cerca. Estoy de luto, pero es demasiado pronto para quemar el cuerpo.

El reloj que hay en la pared de la consulta del médico me llama la atención. La manecilla de la hora está en el uno. El minuterero se encuentra entre las ocho y las nueve. La disposición no cambia en los siguientes treinta minutos. El reloj es un vestigio deteriorado de otro tiempo, averiado, jamás reemplazado.

La parte más diabólica es el segundero que, como una varita mágica, es la única parte del reloj que se mueve. No solo hacia adelante, sino también hacia atrás, atrás y adelante de forma errática.

Me ruge el estómago.

Oigo un suspiro procedente de las demás personas en la sala de espera cuando el segundero por fin deja de moverse, pero solo juega a hacerse el muerto por un momento hasta que vuelve a ponerse en marcha. Decido no mirarlo, pero el sonido de la manecilla resuena por la habitación.

Miro a mi madre. Dormita en la silla.

Siento cómo el sonido del reloj se mueve por mi cuerpo, y altera mi ritmo cardíaco. No es un tictac. Un tictac es omnipresente, es un pulso, una respiración, una palabra. Un tictac tiene resonancia biológica, es algo que puedo internalizar e ignorar. Esto es un tic-tic-tic, seguido de un largo silencio, y un tac-tac-tac.

La boca de mamá se abre sin forma, como una bolsa de papel.

A través del panel de cristal ondulado veo a un grupo de asalariados reunidos en torno a un escritorio estrecho, escuchando la crónica de un partido de test críquet. Aplauden, disfrutan de la gloria que transmite el locutor. El sonido del reloj vuelve a cambiar.

En el despacho del médico, nos enfrentamos a otro tipo de reloj. Uno que él dibuja en un papel en blanco, sin números.

–Rellene esto, señora Lamba –le dice a mi madre.

Ella coge el portaminas que el médico le ofrece y empieza por el uno. Cuando llega al quince, él le pide que pare.

–¿Puede decirme qué día es hoy?

Mamá me mira y luego vuelve a mirar al médico. Levanta los hombros en respuesta, y un lado sube más que el otro, en un gesto a medio camino entre un encogimiento de hombros y un tic. Cada síntoma de su degradación física me repugna. Miro las paredes color crema. Las titulaciones del médico cuelgan torcidas.

–¿O el año?

Mi madre asiente sin prisa.

–Primero el siglo y luego el año –dice él.

Ella abre la boca y las comisuras de sus labios apuntan hacia abajo, como un pez.

–Mil novecientos... –empieza a decir, y mira al vacío.

El doctor inclina la cabeza.

–Creo que quiere decir dos mil, ¿no?

Ella accede y le sonríe como si estuviera orgullosa de algún logro. El médico y yo nos miramos el uno al otro buscando una respuesta.

Dice que en casos especiales extraen líquido de la columna vertebral, pero que aún no ha decidido si mamá es un caso especial. En cambio, le hace escáneres, le saca sangre, revisa los orificios y las glándulas, y coloca el mapa de su cerebro sobre una caja de luz. Analiza sombras y patrones, y busca agujeros negros. Insiste en que mamá tiene el cerebro de una mujer joven, un cerebro que hace lo que se supone que debe hacer.

Pregunto qué se supone que debe hacer un cerebro. ¿Encender neuronas y chisporrotear con corrientes eléctricas?

Él entorna los ojos y no responde. Los músculos de la mandíbula hacen que parezca que tiene la cabeza cuadrada y una ligera sobremordida.

—Pero a mi madre se le olvidan cosas —digo.

—Sí, es cierto —responde, y empiezo a discernir un ceceo.

El médico hace un dibujo en una hoja de papel en blanco, una nube esponjosa que se supone que es un cerebro. Levanta el bolígrafo de la hoja demasiado pronto y las líneas curvas no se tocan por los extremos, como si la nube goteara.

—Es de esperar un deterioro cognitivo que se manifestará en pérdida de la memoria y cambios de personalidad. No diferirá mucho de lo que ya hemos notado. Lo que ya ha notado usted —aclara—. Lo que nota su madre todavía no está claro.

Con un lápiz, resalta las áreas donde la función sináptica está disminuyendo, donde las neuronas están muriendo. La prístina nube blanca empieza a parecer abarrotada. Ahora, la abertura que quedó al no completar la forma parece una bendición, un modo de dejar que entre algo de aire. Esboza el neocórtex, el sistema límbico y las regiones

subcorticales con trazos desordenados. Me siento sobre las manos.

El hipocampo es el banco de la memoria y, en esta enfermedad, la cámara acorazada se vacía. La memoria a largo plazo no puede crearse y la memoria a corto plazo se desvanece en el éter. El presente se convierte en algo frágil que, un instante después, parece no haber sucedido nunca. A medida que el hipocampo se debilita, el espacio puede parecer distinto, distorsionado.

—¿Sabe si ha tenido alguna vez alguna lesión grave en la cabeza? ¿Ha estado, que usted sepa, expuesta alguna vez de forma prolongada a alguna toxina? ¿Tal vez a algún metal pesado? ¿Alguien más en la familia ha tenido antes algún problema de memoria? ¿Y algún problema inmunitario? Lo siento, pero es nuestra obligación preguntar por el VIH y el sida.

Las preguntas salen de su boca antes de que tenga tiempo de responder, y me doy cuenta de que al final lo que yo diga importa poco. La diligencia debida no cambiará lo que hemos hablado en este despacho, y el historial de mamá no será relevante para su diagnóstico.

Dentro de las curvas de la nube dibuja un asterisco. Junto a él, escribe «placa amiloide». Las placas son formaciones de proteínas que generalmente aparecen en los cerebros de los pacientes con alzhéimer.

—¿Ha visto alguna en el escáner? —pregunto.

—No —dice—. Por lo menos, todavía no. Pero a su madre se le olvidan cosas.

Le digo que no entiendo cómo puede ser eso, y en respuesta enumera algunos medicamentos. El donepezilo es el más popular. Lo rodea con un círculo tres veces.

—¿Cuáles son los efectos secundarios?

—Hipertensión, dolor de cabeza, problemas estomacales, depresión.

Mira hacia el techo y entorna los ojos, tratando de recordar algo más. En el dibujo, la placa amiloide no tiene

tan mala pinta. Es casi mágica, una maraña solitaria de hilos. Digo esto en voz alta y enseguida me arrepiento.

–¿Su madre teje? –pregunta.

–No. Odia todo lo que suene a doméstico. Salvo cocinar. Es una cocinera maravillosa.

–Bueno, eso no le servirá de mucho. Las recetas, ya se sabe, es difícil seguirlas al pie de la letra. Tejer, una vez que se incorpora a la memoria muscular, puede conectar de otros modos determinadas partes del cerebro.

Me encojo de hombros.

–Supongo que puedo intentarlo. Aunque odiaré la idea.

–Ya no hay nada escrito en piedra –dice–. Puede que mañana su madre sea una persona completamente distinta.

Al salir, el médico me pregunta si somos parientes de un tal doctor Vinay Lamba, un médico veterano de un hospital importante de Bombay. Le digo que no, y parece decepcionado, como si lo sintiera por nosotras. Me pregunto si habernos inventado un parentesco habría ayudado en algo.

–¿Vive su madre con alguien, un marido, hijos? –pregunta.

–No –respondo–. Vive sola. Por ahora.

–No te muerdas las uñas –dice mamá en el camino de vuelta a casa.

Vuelvo a colocar la mano derecha sobre el volante y trato de no cerrar el puño, pero mi mano izquierda se mueve automáticamente hacia mi boca.

–En realidad no es la uña lo que me estoy mordiendo, es la cutícula.

Mamá dice que no ve la diferencia y cree que es una lástima que mis dedos tengan ese aspecto, teniendo en cuenta que siempre estoy haciendo cosas con las manos. No deja de hablar durante todo el viaje y yo me quedo ca-

llada, aunque no escucho lo que dice sino más bien cómo lo dice, el ritmo y la duda de su voz cuando no dice lo que quiere decir, cuando se expresa mal, cuando intercala una reprimenda para enmascarar su propia inseguridad. Pide perdón, dice que la culpa de mis errores la tengo yo, me da las gracias y suspira mientras se masajea las sienes. Sus labios se hunden en la zona de la comisura donde le faltan dos dientes, y parece como si acabara de comerse algo amargo.

Le pregunto a mi madre con quién está hablando, pero no responde. Echo un vistazo al asiento de atrás, por si acaso.

En su apartamento tomamos té con galletas Digestive, porque son las favoritas de mamá y ha sido un día difícil. Le digo a Kashta que prepare una pasta de miel y jengibre porque me pica la garganta. Mi madre no dice ni mu cuando le doy estas instrucciones.

—Añádele un poco de cúrcuma fresca —suelta un momento después—. Con una rodajita del tamaño del prepucio de un bebé basta —dice apretando la uña del pulgar contra la punta del dedo corazón, midiendo la cantidad exacta. Luego baja los ojos hacia la taza de té y dibuja una elíptica en su firmamento con la cuchara.

—Por favor, no hables de prepucios —digo, y parto las galletas por la mitad.

—¿Qué tiene de malo un pequeño prepucio? No seas tan mojigata. —De cómo insultarme se acuerda perfectamente.

Su apartamento es un caos apacible. Junto el contenido de tres saleros en uno. Una colección de periódicos intactos descansa sobre la mesa del comedor de cuatro plazas. Mamá insiste en conservarlos, dice que algún día los leerá.

Vuelco una bolsita de judías mungo del mercado en un thali de acero y empiezo a separar las legumbres de las piedras. Kashta intenta quitarme el plato, pero la echo.

Cuando termino, comienzo a separar las mungo por tonos: verde militar, gris pardo, beis. Mi madre mira los distintos montoncitos y niega con la cabeza. Me crujo los nudillos y sigo separando. Sé que no habrá ninguna diferencia cuando estén todas en la olla, pero ahora que he empezado ya no puedo parar, no puedo parar de buscar diferencias hasta que cada una esté donde debe, codificada, rodeada de sus familiares.

Mamá duerme la siesta en el sofá, y por un momento soy capaz de imaginar su aspecto cuando muera, cuando su rostro se afloje y el aire abandone sus pulmones. A su alrededor hay objetos, papeles, marcos de fotos llenos de caras que no ha visto en años. Entre estas cosas, su cuerpo parece inerte y solo, y me pregunto si actuar para el mundo hace circular la vitalidad, si la presión del público es lo que obliga a la sangre a bombear. Es fácil que a uno se le abran las costuras cuando nadie lo mira.

Mi antigua habitación se distingue del resto del piso, como un injerto de piel ajena. Al irme dejé un orden, una simetría que ella no ha sido capaz de descomponer. Sobre la pared, en marcos idénticos, los bocetos de unas caras en blanco y negro cuelgan separados por una distancia de cinco centímetros. La cama está hecha y paso las manos sobre las sábanas para quitar las arrugas, pero están planchadas en la tela.

Desde las últimas elecciones, mamá le grita a la televisión cada vez que aparece el nuevo primer ministro. Lleva su manto azafrán como el atributo de una deidad hindú: con pliegues estilizados siempre fruncidos por el mismo sitio. Él es el motivo, dice, por el que ella nunca ha conocido el verdadero amor.

Me despierto en la oscuridad. Mi teléfono está iluminado y tengo una docena de llamadas perdidas de Dilip. Luces centellean en la sala de estar. Mi madre debe de estar viendo bocas mudas moviéndose en la televisión.